



Rosamel del Valle en Nueva York. El paisaje otoñal de este parque está presente en sus poemas.

## LA MÁGICA EXISTENCIA DE ROSAMEL DEL VALLE

por HOMERO ARCE

Un domingo de abril de 1925 mi hermano Fenelón me dijo:

—¿Qué tienes que hacer esta tarde?

—Nada —le respondí.

—Te invito, entonces, a conocer a un poeta.

Y al atardecer de ese día, acompañado de mi hermano, entré por primera vez a la casa de Rosamel del Valle, ubicada en la calle San Francisco, más o menos a la altura de la quinta cuadra, en donde vivía con su madre viuda, a quien los amigos de la casa llamaban cariñosamente “señora Ita”, diminutivo de Honorita, y con tres hermanos menores: Juan, Sergio y Rubén. En ese momento se hallaba el poeta en el comedor, sentado frente a una larga mesa cubierta de un hule blanco, en la que había una botella de vino tinto, algunas copas, y muchos papeles dispersos. Lo acompañaban sus amigos Juan Florit, Gerardo Moraga Bustamante y Efraín Estrada Gómez. Después de las presentaciones del caso y, por supuesto de una copa general de vino, me incorporé a la reunión.

Se planeaba la publicación de la revista ARIEL.

—Revista de “arte nuevo”, compañero —me dijo Rosamel— mirándome con sus grandes ojos y sonriendo. Arrasaremos con las telarañas y con la apatía colectiva. Remeceremos las conciencias con un Manifiesto que pegaremos en todas las esquinas de Santiago.

El primer número de esta revista, financiado con el peculio de sus animadores, salió en junio de 1925.

Su aparición la celebramos con un ágape que tuvo lugar en el mismo comedor que servía de sala de redacción y en el que se mezclaba, al humo de los cigarrillos, el olor de la tinta fresca de los mil ejemplares que Rosamel había traído a ese recinto.

Al día siguiente, cumpliendo sus instrucciones, salimos a colocar la revista en los kioscos del centro y a pegar el Manifiesto en los muros vecinos. El ejecutaba este trabajo, rebosante de felicidad.

El manifiesto, un poco largo para ser una arenga, decía en algunas de sus partes:

“El movimiento de transición que gira en el pensamiento de nuestra juventud intelectual comienza a detenerse. Los horizontes son más claros. Hay caminos vastos encendiendo su llamado augural. Las voluntades sacuden su fiebre de humo y de sombra. Llegada ya la total renovación, los espíritus tuercen las rutas sinuosas y emprenden, firmes y altos, la marcha hacia los cantos nuevos que se dispersan entre el cielo, el mar y la tierra, como montañas nuevas y abiertas al mundo.

"Nuestro país, selva de telarañas donde sólo la naturaleza supo conquistar gloria y sostener su grito de color y de fuerza por encima de los hombres pigmeos, surca hoy nuevos derroteros en la protesta fervorosa de los espíritus libres que se empeñaron en romper el espejo apolillado de las tradiciones, a cuyo maduro reflejo sonríe sus ocurrencias la patraña señorial y paquidérmica. "Llenos del júbilo inmenso de crear, tendiendo el arco de nuestras palabras por encima de la mediocridad y de la indiferencia, sin despojarnos de nuestra ideología libre, ni volviendo a caminos recorridos, queremos ser fuertes y jóvenes y hacer obra de exaltación y dinamismo, porque nos hemos colocado frente a la vida actual para hacer arte actual, en un impulso de andar con la hora que anda".

Contenía también este número un homenaje a Vicente Huidobro, con reproducción de sus poemas y caligramas, y una crónica literaria en la que Rosamel, con el seudónimo de Iván Petrof, decía de Vicente Huidobro y de Pablo Neruda: "En Chile son dos únicos poetas los que hoy por hoy representan la gestación de esta era iluminada: Vicente Huidobro y Pablo Neruda. Uno echa a volar sus pájaros de oro y el otro su grito profundo como un aro de llamas".

Su propia poesía estaba representada por su poema "LLAMAS":

*Melodía ardiendo  
te recojo en mis brazos  
como para llenar de ti la luz del mundo.*

*Ah, torcedora de vidas!  
Yo te encontré encendiendo canciones y montañas.  
Flecha del universo, tu alma cruzaba el mundo.  
con su inmensa sonrisa de pájaro o de niña.*

*Detrás de tu alegría el sol iba a la noche.  
Se te abrían los brazos y cerrábase el mundo.  
Caravanas de navíos azules  
zarpaban de la sombra de tu rostro.  
Y en los adioses húmedos y en la alegría clara de las cosas  
cantabas, torcedora de vidas!*

El resto de sus redactores disparaba también sus flechas a los cuatro puntos cardinales.

Juan Florit decía en parte de su poema "VIAJE":

*Golpea las últimas sombras de la noche  
la aurora con sus manos azules y blancas.*

*He madrugado.*

*Alisto mi aeroplano de recuerdos  
y parto.*

*Hace ya dos minutos que vuelo  
por sobre aquel camino en donde Ella  
abrió bajo el sol la tela nueva  
de su sombrilla clara.*

Y Moraga Bustamante en el "HOMBRE DEL SUR":

*Sombra de ella,*

*amarillo plumaje de la tarde.*

*Timón del tiempo, lazada de esperanza,*

*¡oh, mujer!*

*yo soy el hombre del sur,*

*el hombre taciturno*

*el que viajó los mares en la noche de tus brazos.*

*El hombre sombrío,*

*hombre que nada tenía y que todo lo tiene:*

*lanzador de arcos, cazador furtivo.*

*Hombre que con su fiesta de palabras*

*ahuyentó los negros buhos*

*de las altas torres, de las altas torres de tu alma.*

Y Fenelón Arce en "ACTITUD DEL ABANDONADO":

*Corazón que te vas esta noche:*

*un instante más, camino del infinito,*

*irás rodando a tumbos, como un pájaro ciego.*

.....

*De pie sobre esta hora última,*

*solo y solo*

*preparo la palabra*

*que he de lanzar muy lejos como una piedra loca*

*al NORTE del mundo.*

.....

*Corazón que te vas esta noche:*

*querrás volver un día  
pero esta casa vieja no estará en el camino.*

Y el autor de estas líneas en "HUMO":

*Tu recuerdo  
pone una perla de inquietud  
en el anillo de mis horas.  
Por ti voy al crepúsculo  
y al encuentro del alba.*

. . . . .  
*Tu nombre fija el rumbo  
de mi ensueño  
y por él me dirijo hacia tu encuentro.  
Tu nombre!  
Siento embarcado el corazón  
en el velero de tu nombre.*

Completaban las páginas de este número poemas de Angel Cruchaga, de Manuel Eduardo Hübner, de María Rosa González, de Molina La-Hitte, y un artículo de Juan M. Filartigas titulado "La celeste locura de Teresa Wilms". Ilustraba su portada el excelente dibujante Estrada Gómez.

De esta revista se publicó después un segundo número, que fue el último. ¿Qué ocurrió? Los kiosqueros, preocupados de vender *El Peneca*, no se interesaron por la revista, no la expusieron, no dieron cuenta de los escasos ejemplares vendidos y no devolvieron los sobrantes, de manera que, fatalmente, la revista murió de consunción.

Pero Rosamel no desmayó. Publicó enseguida su revista *Panorama* y las *Ediciones Panorama*, en las que apareció su libro de poemas *Mirador*, en 1926; el de Humberto Díaz Casanueva, *El aventurero de Saba*, el mismo año, y el de Gerardo Seguel, *Tres campanarios a la orilla del cielo*, en 1927. A propósito del libro de Humberto Díaz Casanueva, el crítico literario Raúl Silva Castro comentó en "El Mercurio": "Terminamos de leer EL AVENTURERO DE SABA y no hemos encontrado por parte alguna al tal Aventurero, ni a la tal Saba".

En este libro, ilustrado por Norah Borges y que carecía de puntuación, Humberto escribía:

*Sin certidumbre de tenerla desarreglo la brújula  
Me asomo y disperso a los indios con un pañuelo  
Las flechas largas como peces corren vuelan en tanto*

O bien:

*Sigo salto la insistencia del camino*  
*Búffalo Bill se empina y canta el estribo de plata*

Por ese tiempo, en su casa de calle Lord Cochrane cerca de Matta, se bailaba con gran ímpetu la "Danza del Fuego". Entre los que participaban en esta danza, además de Humberto y Rosamel, recuerdo a un novio muy entusiasta llamado Carlos Villagrán. Había otros buenos bailarines. La sed que provocaba este activo ejercicio se apagaba en un negocio vecino con grandes vasos de "apaicado".

Eran años de gran efervescencia poética y política.

Rosamel me decía: "Homerito, ¡no quiero traducciones! Yo quiero leer este libro en francés". Y me mostraba un pequeño volumen titulado HORIZON CARRE, de que era autor Vivente Huidobro. Le regalé un diccionario chico, de bolsillo, que prácticamente se aprendió de memoria. Con la ayuda de este diccionario no sólo leyó a Huidobro, sino que a todos los franceses contemporáneos, como Jean Cocteau, Louis Aragon, André Breton, Guillaume Apollinaire, Paul Eluard, etc., con la lectura de los cuales, a veces, se emocionaba hasta las lágrimas.

Por su parte, Vicente Huidobro presentaba su candidatura a la Presidencia de la República. A una de sus proclamaciones la redacción de ARIEL, acordó asistir en cuerpo. Esta se realizó en Avenida Matta esquina de Arturo Prat, a las siete de la tarde. A la hora indicada llegó el candidato acompañado de su orador, el poeta Angel Cruchaga Santa María, quien subió a un improvisado tabladillo de cajones vacíos e inició su discurso. Cuando con su iridiscente poesía nos paseaba entre la Cruz del Sur y la Rosa de los Vientos se desarmó el tabladillo, viniéndose abajo el orador. En el mismo momento se puso término a la concentración, por falta de público, pues, a la redacción de la revista ARIEL sólo se habían unido unos cuantos curiosos que no sabían de qué se trataba. En esa elección triunfó su opositor, don Carlos Ibáñez del Campo.

Pero Rosamel sólo cultivaba su amor por la poesía.

Trasladado su domicilio de la calle San Francisco a una casita de la Avenida Francia, allí tuvo un pequeño escritorio atiborrado de libros franceses, ingleses, españoles, nacionales, cuyo orden él solo conocía. Allí escribía.

Por las tardes, después de las horas de oficina, salíamos a recorrer las librerías de viejo de la calle San Diego. El trabajaba por entonces en la Imprenta "La Ilustración", situada en calle Santo Domingo cerca de San Antonio y yo en la Secretaría del Correo Central, en la Plaza de Armas.

Cansados ya de andar y con algunos libros bajo el brazo, nos íbamos a sentar a alguno de los bares alemanes de San Pablo o de Esmeralda, en donde bebíamos cerveza escuchando los vales vieneses que ejecutaba una orquesta formada por un piano y un violín. Finalmente, nos dirigíamos a comer a "El Jote", famoso restaurante de nuestra época en el que habían platos desde cuarenta centavos, y nada de malos. Este valor tenía, entre otros, el chupe de guatitas que servían en fuentecitas de greda y que, sabroso y humeante, era un buen amigo de las noches invernales.

Existe la idea, muy generalizada, de que "El Jote", era un sitio sórdido, para menesterosos o angurrientos. Gran error. Este era un negocio limpio, amplio, bien atendido, con muchas mesas y nada de barato. El precio de cuarenta centavos no era tan modesto si se considera que, en la misma época, el plato de ostras de la mejor calidad, con los aditamentos consiguientes, valía un peso sesenta centavos en el restaurant "La Bahía", establecimiento que por esos años fue de lujo, muy frecuentado, y cuyas horas de comida las amenizaba una buena orquesta.

Ahí, en "El Jote", nos reuníamos con amigos poetas y pintores, entre ellos, Pablo Neruda, el más joven y el poeta mayor, autor ya de "Crepusculario", de "Veinte poemas de amor", de "Tentativa del hombre infinito", de "El habitante y su esperanza" y de "Anillos"; Tomás Lago, que con Pablo publicaba este último libro; Rubén Azócar, autor de "La puerta"; Diego Muñoz, estudiante de leyes y periodista que debutaba como pintor de murales; Antonio Rocco del Campo; Alberto Valdivia, conocido como "el cadáver Valdivia", por su escuálida figura; Rafael Hurtado; Alberto Rojas Giménez, que regresaba de Europa, a donde había ido compartiendo un pasaje con el pintor Abelardo Paschin Bustamante, y Orlando Oyarzún, que en los días actuales prepara su libro de memorias "Las cien esquinas del recuerdo".

Por ahí también llegaba el fino y elegante Georges Sauré, que hizo el famoso retrato fotográfico de Pablo Neruda, que ilustró las primeras ediciones y las siguientes del poeta; Julio Ortiz de Zárate, Hernán del Solar, atlético y desenvuelto, campeón de salto alto sin impulso; Alvaro de Silva, que viajó después con Pablo a la India; Raúl Fuentes Besa, denominado "El Ratón Agudo", por su ingenio. Olvidaba al dibujante Federico Ricci Sánchez que, siendo muy pobre, decía sin inmutarse: "No puedo conciliar el sueño si en mi lecho no hay sábanas de seda. El roce del hilo me incomoda bastante". Por estos refinamientos se le llamaba "El Monarca".

A los que nunca vimos llegar por esos lados fue a Manuel Rojas, a José Santos González Vera y a Raúl Silva Castro, jóvenes que años antes habían ya arreglado el mundo de las letras en el café de "Los Inmortales", de la Ave-

nida Matta. González Vera había ya publicado, en 1923, "Vidas Mínimas", con prólogo de Alone.

En otras ocasiones, Rosamel me decía: "Dejemos los libros para mañana. Présteme ahora una máquina". A las seis de la tarde el personal de secretaría del Correo había ya terminado sus labores y seis o siete máquinas de escribir se hallaban desocupadas. El tomaba una y escribía en ella con dos dedos, sin levantar la cabeza, como picoteando el teclado. Allí copió gran parte de su libro "Mirador". Yo me desesperaba un poco porque no tenía nada que copiar y el mozo se asomaba a cada instante con una cara de angustia, como diciendo: ¡Vámonos, por favor!

En una oportunidad un Director General del servicio, recién nombrado, practicó una visita intempestiva al Correo Central. Este distinguido funcionario aún no conocía a nadie y entró saludando y dando la mano a todos. Con Rosamel se hallaban en ese momento otros poetas copiando versos a máquina. Me identifiqué como secretario y después de dos o tres palabras se retiró muy complacido. A la mañana siguiente fui llamado por el administrador del Correo, quien me dijo: "Secretario, debo felicitarlo. Acabo de estar con el Director General y él me ha comunicado que anoche, cerca de las ocho, lo halló a usted en su puesto con parte de su personal, y que esta laboriosidad, fuera de las horas de oficina, lo dejó gratamente impresionado". Debo advertir que en esos años las horas extraordinarias de trabajo no se pagaban.

Creo que por ésta u otras razones obtuve un ascenso en mi carrera y fui trasladado a la Dirección General. De nuestro grupo, Pablo había ya partido a hacerse cargo de su puesto de Cónsul de Chile en Rangoon, punto del planeta que, según el vate lo cuenta, en el Ministerio de Relaciones, cuando extendían su nombramiento, les costó mucho encontrar para mostrárselo, porque se hallaba perdido, oculto en una grieta del mapa mundi.

Las noches de "El Jote" continuaban sucediéndose con viejos y nuevos amigos, como el Maestro Isaías, Enrique Mosella, Juvencio Valle, que llegaba del sur con la "Flauta del hombre Pan" y Luis Enrique Délano, del norte, con "La niña de la prisión". También Julio Barrenechea, Lorenzo Montes, con sus "Violines piratas", y los muy jóvenes Ernesto Eslava y Hernán Cañas Flores, que usaba corbata de pajarita, de mucha elegancia por esos años.

Una noche llegó a nuestra mesa, de chambergo y de levita, uno de los últimos bohemios santiaguinos, el escultor Carlos Canut de Bon. Tomó asiento y, en el curso de la comida, relató con gracia sin igual su extraordinaria aventura con "El Incandescente". Este era también un personaje típico de Santiago, de pequeña estatura, de patillas blancas, al que a medio día se le



podía ver parado misteriosamente en las esquinas del centro de colero y de levita, y de quien Carlos Canut había heredado la extravagante indumentaria que lucía esa noche. Contó Canut que “El Incandescente” lo demandó una vez, judicialmente, por daños y perjuicios, con motivo de haber exhibido la Casa “Gath y Chaves”, en una de sus vitrinas, una estatuilla de yeso con su efigie. Concurrió Canut al primer comparendo, que fue el único, y en él sostuvo que la estatuilla la había modelado exclusivamente con fines de expresión artística y que en el carácter de obra de arte la había vendido en diez pesos al Gerente de la firma. El demandante, por su parte, argumentaba que, aún siendo así, el hecho de haberse modelado su figura por el escultor había posibilitado su exhibición en público con fines de propaganda comercial. Estos eran, en el fondo, los puntos de vista de los litigantes y los estaban ellos sosteniendo con las más extrañas disquisiciones, cuando, de pronto, el juez se levantó violentamente de su asiento y les gritó: —¡Afuera el par de locos! ¡No me hagan perder el tiempo!

Una vez en la calle se fueron andando lentamente por la vereda empedrada. De repente se detuvo Canut y le dijo a su acompañante:

—Dígame, señor Otaíza —que era el apellido de “El Incandescente”—, tendría usted un cigarrillo? Este, deteniéndose a su vez, le contestó:

—En eso venía pensando: si tendría usted un cigarrillo? Pero creo contar con diez centavos para comprar una cajetilla—. Canut se registró afanosamente los bolsillos y replicó:

—Casualmente, yo también cuento con diez centavos.

Entraron al almacén de la esquina y con los veinte centavos adquirieron un paquete de cigarrillos del que se repartieron amistosamente.

La demanda que se estaba ventilando en el Tribunal y a la que el magistrado había puesto término en forma, para ellos, sorpresiva, la había entablado “El Incandescente” en contra del artista nada menos que por la suma de diez millones de pesos.

Por último, yo salí para una vida de provincias. Primero, Valparaíso, después, Rancagua. En esta ciudad y por muchos años recibí la periódica visita de Rosamel del Valle. Se hizo conocido de muchos de mis amigos que celebraban y recordaban sus originales ocurrencias.

Una vez llegó a Rancagua por el tren de las 11. Era un día sábado. En la estación compró una gran chupalla de paja, de esas que usan las campesinas para el sol. Subió a una victoria, se sentó, no precisamente donde correspondía, sino en el pescante, al lado del cochero, y después de unas vueltas por la plaza se hizo conducir al mercado. Allí compró un canasto que hizo llenar de verduras, coliflores, lechugas, achicorias, y se dirigió al correo.

En la administración preguntó por mí. El secretario, muy excitado, corrió a decirme:

—Señor, lo busca un caballero de aspecto extranjero. ¿Se lo hago pasar? Instantes después, y ante la perplejidad de los empleados, entraba Rosamel a mi oficina, coronado con su chupalla, el canasto al brazo y los pantalones arremangados hasta la rodilla. Explicadas las cosas y vuelta la calma, Rosamel no quiso despojarse de su indumentaria de charro mexicano y así salió a la calle repartiendo achicorias y coliflores a los transeúntes que, aunque sonrientes, lo miraban desconcertados y confusos, sin saber qué partido tomar.

Pasó ese sábado y el domingo conmigo y con otros amigos que se disputaban su compañía. En la tarde del domingo me dijo: “Yo tengo que irme sin falta esta noche, porque debo estar en mi puesto mañana a las ocho. De lo contrario, esos fenicios de “La Ilustración” son muy capaces de despedirme”.

Sin embargo, ocurrió que, por haberse prolongado la comida, perdió el Nocturno a Santiago, con gran aflicción de su parte. A primera hora del lunes lo fui a dejar a la estación. Se embarcó en el tren de las 10,30 y cuando éste estaba ya en movimiento por una ventanilla me alargó la chupalla, que aún conservaba, diciéndome: “Homerito, guárdemela para el otro viaje”.

Regresé al centro de la ciudad y no había transcurrido una hora de hallarme en mi oficina, cuando entra un valijero del servicio, muy azorado:

—Señor, me dijo, ese caballero de guarapón que andaba con usted está ahí, en un boliche de la estación, con unos desconocidos. Le vengo a avisar porque ese sitio es peligroso y le puede pasar algo.

—No puede ser, le contesté. En este momento va viajando a Santiago.

Como el empleado insistiera, partimos en una victoria y fuimos a ese bar. Allí estaba, efectivamente, Rosamel, en una mesa con sus nuevos amigos, que no eran otros que obreros de la estación. Al verme entrar, se levantó y me dijo:

—¡Ah!, ¿y el pícaro creía que me había ido, no?

¿Qué había ocurrido? Seguramente en Graneros o en San Francisco se cruzó con un tren que venía a Rancagua, al que se transbordó sin pensarlo dos veces. Yo no se lo pregunté porque a los magos no les gusta descubrir sus secretos.

Ahí, en ese bar de la estación, esperamos largo rato la pasada del tren siguiente a Santiago, en el que partió definitivamente.

Uno o dos días después, mi secretario, muy preocupado, me avisa que me llama con urgencia el señor Intendente. En provincias, todos los jefes de servicios públicos, salvo algunas excepciones, tienen al Intendente como superior inmediato. En Rancagua lo era en esa fecha un funcionario muy circunspecto y amable, que me honraba con una deferente amistad.

—Dígame, don Homero, me dijo, quién es ese señor que lo ha visitado hace poco y producido cierto revuelo en Rancagua?

—El gran poeta Rosamel del Valle, le contesté en el acto.

El señor Intendente, que no era muy entendido en arte nuevo, me replicó: —¿Chileno?

—No, señor Intendente, mexicano, se me ocurrió decirle.

—Para otra vez, don Homero, tráigalo a la Intendencia para ofrecerle un agasajo oficial, fue su respuesta.

Me retiré agradeciéndole su cortesía al señor Intendente y temblando con la próxima visita de Rosamel a Rancagua.

Pero, tomé mis precauciones. A mediados de cada semana le enviaba un telegrama diciéndole: “Próximo sábado en ésa”. A veces iba y otras no. Nunca supo Rosamel por qué le anuncié tantas visitas.

En uno de mis viajes a la capital lo encontré muy abatido. La imprenta “La Ilustración” había cerrado sus puertas y el personal quedado cesante. “¿Qué hago, Homerito?”, me decía. Yo, cavilando profundamente, me acordé de mi amigo Armando Aldunate, nuevo Administrador del Correo. Fuimos a verlo a su casa. Le planteamos el problema y días más tarde Rosamel era un flamante empleado del servicio de correos. Sería largo de enumerar las incidencias y peripecias que protagonizó para solaz de sus nuevos amigos y compañeros. Luego de un breve tránsito por el Correo Central, que él denominó “un barco de negreros” por las pesadas labores que en un principio le asignaron, fue destinado a la Sucursal N<sup>o</sup> 8, instalada en el interior de La Moneda, en donde su único trabajo era el de anotar oficios de reparticiones públicas en un libro de registro. “Gasto hasta tres lápices diarios”, me decía en una carta. Y en una posdata me agregaba: “Ahora se llama Gutiérrez el tipo”. Su verdadero nombre era Moisés Gutiérrez y el seudónimo lo tomó de una muchacha que amó en su adolescencia llamada Rosa Amelia del Valle.

En esta Sucursal, en una oportunidad, vaciaron en su mesa de trabajo un saco de cartas ordinarias extraídas de los buzones y que circulan libremente. Rosamel las anotó una por una en su libro de registro. Advertido el error, el jefe se le acercó para decirle:

—Señor mío, ha perdido lastimosamente el tiempo. Las cartas ordinarias

no se anotan. Solamente se inscriben los oficios—. A lo que Rosamel contestó: —¿Y para qué las ponen en mi mesón? Y si usted no se retira pronto lo anoto a usted también!

Bueno. Pasó el tiempo. Nos continuábamos viendo con algunas intermitencias. Recordando uno de sus viajes a Rancagua y un ofrecimiento mío de radicarnos, alguna vez, en una parcela que yo por esos años compraba por cuotas y en la que pensaba construir una casa, me expresaba, entre otras cosas, en una carta:

“Y ahora, ¿qué puedo decirle? ¿Qué acto, qué expresión, qué sentimiento será más valedero que los deseos de abrazarlo que tengo? Usted sabe que mi afecto es tan grande como el que profeso a ese otro poeta, errante, majestuoso, seguro, que es Humberto Díaz Casanueva. ¿Cuándo podré poner mis huesos a buen recaudo en esa soñada y esperada parcela donde espero ver a los fantasmas de Platón y de Virgilio, es decir, la Academia y el sembrado geórgico? No olvide sus promesas: el primer sitio bajo techo debe ser para mí y mis libros. El arado es arma tan majestuosa como la pluma. Y la naturaleza del hombre está hecha, más que a otras cosas, a la belleza de los cielos libres. Si no cumple su palabra, se lo juro, lo llevaré a los Tribunales, donde creo que todavía se administrará justicia, aún a los poetas. De modo que, etc., etc., etc. Lo abraza su amigo, el de algunas desdichas”.

Todos nuestros planes quedaron sólo en proyecto y la felicidad, que tan ansiosamente esperaba, le vino de la mano de Humberto Díaz Casanueva, funcionario, en 1946, de la Embajada de Chile en Washington.

Sucedió que en ese año la Organización de las Naciones Unidas requirió de la Embajada de Chile el envío de cinco funcionarios chilenos para que se desempeñaran en ese organismo, situación que aprovechó Humberto para solicitar que se incluyera a Rosamel del Valle en ese equipo. El Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile aceptó la proposición y la ONU lo contrató por un año con renta de 300 dólares mensuales y pasaje de ida y vuelta. A su vez, la Dirección General de Correos dictó un decreto reservándole el puesto por un año.

Yo me encontraba por esa fecha a cargo de la Administración de Antofagasta, a donde había sido promovido desde Rancagua.

Rosamel me escribía contándome jubilosamente las alternativas de su nombramiento y la inminencia de su viaje a Estados Unidos, a donde por fin partió a mediados de octubre de 1946.

Lo esperé a la pasada, en el aeropuerto de Cerro Moreno. El avión se detuvo por algunos instantes, los indispensables para darnos un abrazo, cam-

biar algunas palabras y despedirnos con los ojos humedecidos por la emoción.

En su primera carta de Nueva York, fechada el 27 de octubre de ese mismo año, me decía:

“Aquí me tiene en esta tremenda ciudad que es el mundo, la vida, el cielo y la tierra. El viaje no fue afortunado, pues estuvimos a punto de caer entre Arequipa y Lima. Falló un motor en pleno vuelo y regresamos a Arequipa desde medio camino, pero, luego, falló el otro motor y tuvimos que aterrizar peligrosamente en un sitio de emergencia. De allí nos trajeron en automóvil a Arequipa. Un susto colosal. Al día siguiente nos fueron a buscar en un avión especial y volamos nuevamente. Sin embargo, al atravesar la línea ecuatorial una violenta y radiante tempestad nos hizo bajar de golpe dos mil metros. Nuevo pánico. Pero todo pasó y tuve la dicha de volar sobre el arco iris. Algo terriblemente hermoso. Luego el Caribe y después una noche en Panamá, es decir, en el paraíso. Bares, cabarets, shows musicales por todas partes y negras colosales y bellas. Me hubiera quedado aquí para siempre, pero seguimos viaje. En Nueva York llegué inopinadamente al Waldorf Astoria y en este fastuoso hotel estuve al lado de Molotov y de Gromyko. ¿Qué le parece? Luego me cambié al Henry Hudson Hotel, en la 57 Street (cinco dólares diarios, sin comida) y por último al Lido Beach Hotel, en Lido Beach, Long Island, cerca de la oficina de las Naciones Unidas y a donde puede escribirme”.

En otra carta posterior me comunicaba:

“Desde el 1º vivo en plena Nueva York, cerca del Times Square, en el Henry Hudson Hotel, de la 57 Street con la Octava, y que fue el mismo al que llegué a vivir en octubre del año pasado. He dicho adiós al Lido, en la playa de Lido Beach, y en cuyo mar inmenso me deleité durante ocho meses. Casi lloré al dejar mi antigua habitación donde mis ideas y sueños cobraron tal vez nueva forma y angustia. Pero ya estoy en Nueva York y mi vida tendrá que acostumbrarse al ritmo feroz de la ciudad. Desde mi balcón domino una parte (la oeste) el río Hudson y diviso las casas y los rascacielos de color de New Jersey, que se levantan al otro lado. El río es fantástico a toda hora. Y anoche, cuando me asomé a mirarlo, vi que había anclado allí un barco fantasma, totalmente iluminado y cuya sirena me llama con vaga insistencia. La sangre me tiembla, pues he adquirido la sed del viajero. Quisiera ir a todas partes. Creo que ha muerto mi vieja

abulia, mi antigua tranquilidad terrestre. Cuando uno abre los ojos a lo maravilloso pierde la paz para siempre”.

Pero echaba de menos la patria.

“Como usted comprenderá —me decía— bastaría con los museos, los teatros, los conciertos, para amar a esta ciudad única en el mundo. Creo que la echaré mucho de menos. Pero mi tierra también brilla en la lejanía y deberé regresar a ella”.

Este retorno se fue postergando porque año a año le iba siendo renovado su contrato con la ONU. Pero, en la época de vacaciones, preparaba sus maletas y tomaba pasajes para Chile.

En uno de estos viajes, el primero de todos, regresaba a Nueva York a bordo de un “Santa”. Yo lo esperé a la pasada, en el muelle de Antofagasta. El barco atracó a las seis de la tarde para zarpar en la madrugada del día siguiente. Bajamos a la ciudad, la que recorrimos muy alegremente. Después de comer nos fuimos a mi casa que quedaba en la plaza Colón, en los altos del Correo, y allí permanecimos conversando toda la larga noche. En el momento oportuno nos dirigimos al puerto. Llevaba el eufórico viajero terciada la correa de su máquina fotográfica y pequeño sombrero tirolés con una plumilla en la cinta. Al llegar al muelle nos dimos cuenta de que el barco había zarpado, ya no estaba en su sitio y se hacía al mar lentamente. En medio de nuestro desconcierto oímos una voz que gritaba:

—¿Le alcanzamos el barco, patrón?

Al pie de una estrecha y musgosa escalera lateral se hallaba balanceándose una lancha de la “Grace Line” y era uno de los lancheros el que gritaba. Inmediatamente Rosamel comenzó a bajar la escalera de piedra, que carecía de pasamano, y no había descendido dos o tres peldaños cuando resbaló, dando una voltereta en el aire y cayendo de pie medio a medio de la lancha, sostenido por los lancheros. En tan peligrosa circunstancia cualquiera se cae al agua. Pero un mago no. Y ahí estaba él, enhiesto, sonriendo, con el sombrero y la Leica en su lugar, como si no hubiera pasado nada. Pocos segundos después la lancha era un punto en la distancia, que aparecía y desaparecía. Al cabo de un rato lo vi difusamente a lo lejos ascendiendo por la escala del barco. Una o dos veces se detuvo para agitar en el aire una lucesilla blanca, tal vez un pañuelo blanco.

Volvió a Nueva York, a su vida fantástica, a sus libros, a sus pipas, a sus máscaras, a sus sueños. “Anoche he subido al piso 28 de mi hotel, a la

terraza —me escribía poco después—, y me he maravillado con la vista nocturna de la ciudad, con el terrible Empire States, al centro. Me sentí cerca del cielo y del dios desconocido que existe por y para los poetas”.

Y continuaba: ¿“Sigue leyendo mis crónicas en “La Nación”? Están hechas a la americana, muy rápidas y llenas de todo. Pero sigo escribiendo mis asuntos. Poemas, ensayos, relatos. Acabo de terminar dos de éstos que formarán un libro, “Puente Manhattan” y “Espérame en Brooklyn”. Creo que están bien hechos y respiran por entero la vida en su realidad y en su vigilia”.

Se daba tiempo para todo. “Mi sitio favorito es el Time Square. Allí voy seguido. Una multitud inmensa noche y día. Bares estupendos, con marineros, prostitutas, soldados, artistas, ladrones, banqueros, policías, vagos, locos. Es el lugar más pintoresco de Manhattan. Pero el whisky ha subido. El más barato cuesta cuatro dólares la botella y una botella dura poco”, agregaba quejoso.

Otras veces se trataba del vino chileno. “Me he traído de Washington, a donde fui a despedirme de Humberto que se va a Chile el 28, un cajón de vino “Santa Rita”, que compré en un “Liquors” de allí, por casualidad. Doce dólares las veinticuatro botellas. ¡Barato! Aquí vale cuatro dólares cada una, lo mismo que la botella de whisky”.

El whisky y el vino lo compartía amistosamente con amigos y amigas en su departamento de Nueva York, en donde recibía a sus visitas, como es sabido, siempre espléndido y sociable. A primera vista aparecía un tanto inhibido y huraño. Pero era cuestión de esperar. Poco a poco se iba despojando de sus reticencias e incorporándose al ambiente. Entonces afloraba su esplendor y su gracia. Y muchas veces, articulados por los hilos de su fantasía, enmascarados personajes salían a la vida: un Napoleón, un cardenal, un mandarín, un político, o simplemente un fakir que devoraba espadas o violetas.

Este era su mundo y por él se paseaba lúcido y magnificante.

Algunos meses más tarde me anunció su matrimonio con una de sus compañeras de la ONU, Mlle. Thérèse Dulac, el último gran amor de su vida. Con ella, años después, regresó definitivamente a Chile, por término, esta vez, de su contrato con la ONU. Aquí se refugió en la comuna de Ñuñoa, en su amplia casa de avenida José Domingo Cañas, con sus libros, sus sueños y algunas dolencias, a pesar de su ninguna vocación de paciente.

Cuenta su amigo Ernesto Toro que, en una ocasión, enfermo de cuidado, fueron tantas las prescripciones del médico, las inyecciones, las dietas, etc., que se produjo entre ambos un clima de beligerancia. “Caramba, doctor

—le decía Rosamel—, se me prohíbe hasta un medio vasito de vino con agua, pero usted, afuera, se tomará su schop... y bien helado. Y tal vez dos". Era verano. Después de dos o tres visitas más del médico ya fue sintiéndose mejor y le fueron suprimidas muchas de las indicaciones del tratamiento. Le anunciaron, entonces, una nueva visita del facultativo y Rosamel corrió hacia un sillón, en el que se sentó a la vez que se colocaba rápidamente una máscara de Khrushchev. Cuando entró el médico, le alargó amablemente la mano, diciéndole: "Doctor, estoy dispuesto a suscribir con usted un pacto de convivencia pacífica".

Así era de extensa la gama de su humor.

Allí, en su casa de José Domingo Cañas, se apagó su existencia el 22 de septiembre de 1965, justamente el mismo día y mes del año 1940 en que se extinguió la vida de Fenelón Arce, su compañero de la revista ARIEL, con quien entré por primera vez, de la mano, a su casa de la calle San Francisco.

De los familiares del poeta, que allí conocí, le sobrevive solamente su hermano Juan, que guarda con él un impresionante parecido. No deja otra descendencia que sus libros:

POEMAS LUNADOS, año 1920, del que el poeta no quería acordarse; MIRADOR, 1926; PAÍS BLANCO Y NEGRO, 1929, POESÍA, 1939; ORFEO, 1944; LAS LLAVES INVISIBLES, 1946; EL JOVEN OLVIDO, 1949; FUEGOS Y CEREMONIAS, 1952; LA VISIÓN COMUNICABLE, 1956; EL CORAZÓN ESCRITO, 1960, y EL SO ES UN PÁJARO CAUTIVO, publicado en la colección "El viento en la llama", en 1963.

Fue éste el vasto escenario al que subió el taumaturgo con fuegos y ceremonias, con tornasoles y palomas. Yo solamente he exhumado algunas páginas de su vida, de su perfil humano. Otros aprisionarán los pájaros que escaparon de sus manos, el vuelo ardiente de su poesía.

Pero ¿quién ha dicho que Rosamel del Valle ha muerto? El está a nuestro lado, con nosotros, y una mañana cualquiera lo hallaremos nuevamente en el aeropuerto de Los Cerrillos esperando el anuncio del vuelo a Nueva York. Ahí estará, con el cigarrillo entre los dedos, conversando animadamente, un poco inquieto. Tendrá terciada la correa de su Leica y llevará una plumilla en su sombrero tirolés. Nos despediremos de él con un abrazo y de su suave compañera, Thérèse, con un beso en la frente.

Trabajo leído por el autor en la Sociedad de Escritores de Chile, en el homenaje rendido a Rosamel del Valle, el 26 de noviembre de 1965.



## BREVE ANTOLOGIA DE ROSAMEL DEL VALLE

## POEMA OCHO

*Las campanadas andan en ómnibus por el aire  
Se va a cerrar el día  
y la estación próxima llena de manzanas  
Los hombres sujetan la inclinación del puerto  
A su orilla los faros florecen  
Una canción su cuerda en el horizonte  
y el mar como espada  
Vienen los pescadores a la playa de harina  
Abren el túnel sale a rodar la noche*

*Se cimbra en el cielo su perfume.*

(De MIRADOR, 1926)

## CUERPO CENTRAL

## I

*Todavía puedes contar con algunas cosas  
Que dormitan en tu piel, con la escarcha  
De horrible color gris, con el viento.  
Y, por lo demás, no se está peor en el olvido.  
Quién se acordará ya de las silenciosas arañas  
Que teñían de color negro el viaje de las gentes.  
Entre copa y copa, de un país a otro.  
Entre carta y carta, un amor, un invierno, una angustia.  
Y la estación de los sueños, la pesada primavera de los sueños.  
Quién se acordará ya de la sangre perdida en los bosques de los sueños.  
Y del tiempo de espléndido ramaje y de los tristes amigos,  
Y de las albas pobladas de cadáveres.  
En cada despertar oyes un ruido de manos  
Que rompen su tallo y nadan en un adiós de muerte.  
Tan frías conversaciones, tan largas historias  
De árboles que se azotan por amor en mi ventana.  
Yo que he estado debajo de sus pechos con un libro,  
Con una página a punto de estallar.  
Se te parecen un poco en este tiempo de sorda humareda,*



Del ojo de fuego que avanza sobre olas al despertar.  
 Tu sangre corre en chispas hasta ser un árbol rojo  
 De hojas derramadas en un frío de miel.  
 Amigo mío, palpitante ramaje de mis queridos dolores,  
 De plaza en plaza pregonas tus negocios de olas, de historias, de olvidos.  
 Porque el amor te castiga danzando con su látigo de sueño  
 Y tu pecho hace señales hacia una posible tierra delirante  
 Con inscripciones en lenguaje de pálidos colores.  
 ¿Qué ha sido de tu recta escritura sin pestañas como un ojo fijo?  
 Sólo tu sueño flota con sus hojas negras, sin estallar,  
 Desposeído de todo brillo, blanco de esponjas alucinadas.  
 Ningún asombro, ningún sabor, sentado en tu silla de corolas,  
 Como un día profundo cerca de tu lámpara.  
 Reposas oyendo acercarse la noche más próxima, reposas.  
 El amigo muerto que es tu corazón sonríe en un espejo.

(Fragmentos de "Cuerpo Central", de  
 la "Antología de poesía chilena nueva"  
 de Eduardo Anguita y Volodia  
 Teitelboim, 1935)

## EL CORAZON SUMERGIDO

### XXXIII

La puerta está delante de mi casa como un cerezo  
 De vida y sueño sangrando por los ojos.  
 Constantemente perdida y hallada y segura  
 De ser misterio y llave y mano que la toca  
 O viajero llagado de aire marino y esencia  
 Y sal formada a soplos por el pie del tiempo.  
 Oh lámpara, oh seguridad distante y siempre  
 Sangre de mi sueño tendido bajo aguas  
 En imagen de guardia con armas terribles  
 Y un helado sol de raíces afuera.

(Fragmento de Poesía, 1939)

## ORFEO

## VII

*Verlos pasar otra vez ¿sería un sueño? Verlos pasar y debatirse  
 Con la barba pegada al pecho, aplastados de ciencia, confundidos  
 De tener a la vista las cosas selladas. Verlos otra vez  
 Avidos de dejarse traspasar y de hundir negras armas.  
 ¿Cómo presentarme ante ellos desnudo y alegre como nací,  
 Hechizado por cánticos, amante de sirenas?  
 ¿Me reconocerían en el tránsito de carne y olvido?  
 Junto a las piedras solas, lejos de la ciudad, los vagabundos  
 Volverían la cara a mi paso, se pondrían coronas de almendros silvestres  
 Para decir detrás de mí: "He ahí el que cantaba en las faldas de las  
 colinas,  
 Tendido sobre cueros de cabra con una herradura en las manos,  
 Ceñido de soles, visitado por los animales y las aves,  
 Envuelto en un rumor, amado por la bella Eurídice".*

(Fragmento de ORFEO, 1944)

## EL AMOR MAGICO

*¿Recuerdas a la Gorgona? Ha dicho:  
 "Babilonia. Sí, irás". Eso es todo. Y ha venido  
 Un largo crepúsculo. Y la Gorgona Cantaba para ti y para mí.  
 Tal vez. Pero yo sé que nunca tuve un canto.  
 Mejor que cuando soñabas.  
 Nunca tuve más ojos  
 Que cuando dormías.  
 Ni nunca vi más cerca el mar  
 Que entonces.  
 Y ella decía: "Irás". Y yo veía  
 La escala de Jacob.*

*No Beatriz resplandeciente, Beatriz llagada.  
 En un cielo sin círculos, en una puerta sin llave.  
 Yo te veía y entre coros puros te seguía.  
 Ninguna red más dura que estas manos  
 Para cortar tus rosas. Ninguna muerte más suave  
 Para buscar tu boca.*

Pero yo era el viajero solo. Yo era  
 La humedad de tu invierno.  
 Yo guardaba tu joven sol en un cuarto  
 Solo de hotel, en la ciudad.  
 Yo tenía la música del mundo sobre la arena, allí.  
 Y cantaba: Pero tú no te reconocías  
 En lo que yo cantaba.  
 Y yo salía a las plazas, a los mercados, a los paseos  
 contigo. Tú con la noche. ¿Por qué con la noche?  
 Eso parecía, aunque tú eras el mundo en mí.  
 Oh que nos vean pasar. Que nos vean amarnos  
 Allí, entre los árboles y las visiones.  
 Que yo diga que te pareces a lo que eres.  
 Que yo diga que no haces ruido, pero que brillas.  
 Que yo diga que es oscura la corona que te ciñe,  
 Aunque se encienda.  
 Que yo diga que tu boca es una flor pegada al hueso.  
 Y que lo sea.  
 Que yo diga que alguien te ama por mí,  
 Y que no sea cierto.  
 Que yo diga que las miradas se te adelantan,  
 Y que lo parezca.  
 Que yo diga que eres la estrella de mi frente,  
 Y que alumbres.  
 Que yo diga que sujetas los pájaros en el aire,  
 Y que pierdan las alas.  
 Que yo diga que vas vestida del color del corazón.  
 Y que así sea.

Tu ser en mí, mi amor en ti.  
 El sol grabado en la cabellera de la begonia  
 De mi cuarto, en la ciudad.  
 Sola en tu estatua taciturna.  
 Sola por las ciudades de mi frente.  
 Sola debajo del árbol del ahorcado.  
 Amor en amor. La lámpara en ti, el rayo en mí.  
 Las palabras en un puente entre tu boca y la mía.  
 Todas las horas, una colina.

*El tiempo total, una torre.  
Nosotros, la campanas.*

*Y me voy.  
Un sol de otra parte  
Me tiende la mano.  
Y si digo que parto, es que tu frente me retiene.  
Y si digo que lloro, es que la noche es ardiente.  
Y si pienso que voy a ser el viajero solo,  
Es que la tierra se ha abierto.  
Y si canto detrás de los meteoros,  
Es que el cielo está cerca.  
Y si te digo adiós, es que ando  
Al compás de la muerte.*

(De EL JOVEN OLVIDO, 1949)

### LA FIESTA DEL MAGO

*Tú estabas allí. Volvía del baile el rey de bastos.  
Seguido de jóvenes con guirnaldas.  
A la hora en que la noche usa linterna  
Para salir de sí misma.  
La estrella, la dama sola, la dama del amor  
Se deja conducir por vías enguantadas.  
Por salones y galerías donde la hora es el sol  
Y la dama de espadas recuerda al hijo ahorcado.  
Tal vez en el árbol que aún adoran los mendigos.  
El sol y la dama de espadas. Hay que abrir paso  
A la boda. Los ojos de la tarde estuvieron en el lecho.  
Hicieron florecer los talismanes. El perfume  
Invadió el corazón. Se iba y se venía.  
Las cosas, primero. Tú sabes.  
La linterna de la noche era un meteoro.  
Las copas comunicaban  
La muerte, la vida. La vida, la muerte.*

(Fragmento de EL JOVEN OLVIDO, 1949)

## H I M N O

*Hay un sol en sueño entre las hojas  
 Paso a paso hacia escalas donde se canta:  
 «Regocíjate, la lengua es una alondra»  
 Se canta y se duerme, así ella duerme ellos duermen  
 Se vive para dormir mientras el sueño levanta  
     El relámpago recién nacido y el cortejo  
     Lleva una cabeza más para la muerte.*

*La lengua es una alondra y las lágrimas  
 Caen sobre el ramo de miosotis  
 Si tú quieres es el corazón perdido  
 Alguna vez en pos de la estrella  
 Con ojos de lobo por los bosques  
 La estrella que es mi propia respiración  
 Entre jóvenes ángeles sin trompetas.*

*Pasan con los ojos heridos hacia el exilio  
 Sin más guía que el rayo de sol de cada uno  
 pasas en el lenguaje de cielo y de tierra.  
 Y paso yo también por donde nunca estuve.*

*«Alégrate mano afiebrada sobre el muro»  
 El océano más ruidoso me acompaña en el éxodo  
 Es verdad que hay una noche mía perdida entre las olas  
 Y es verdad que hay quien duerme debajo del océano.*

*Es verdad es verdad y es temprano para  
 Que el almendro hable por el fruto  
 Y es tarde para el gozo del paladar  
 En la mesa sin convidados de este sueño  
 Y es tarde para bajar la mano  
 Que levanté en la bruma.*

## INTRODUCCION A UNA METAMORFOSIS

## I

*Los años empiezan a volar en bandadas  
 Alrededor de mi cabeza y más de alguno se parece  
 A la paloma sola que todavía languidece en el arca.  
 Sería tiempo ya de sentarme bajo un árbol  
 Con la tierra a mi izquierda y el cielo a mi derecha  
 Con los abuelos convertidos en leones, el padre en piedra  
 Y la madre con su muerte postergada en la sonrisa  
 Y una lámpara con ángeles alrededor  
 Para interceptar las catástrofes.  
 ¿Pedí más al oído celeste, al corazón de la tierra?  
 ¿Guardé por mucho tiempo las llaves para abrir este día?*

(Fragmento de LA VISIÓN COMUNICABLE, 1956)

## XX CANTICOS

## VI

*Seré y no seré pero habrá una nube de polvo  
 La que brilla en el hacha del leñador fatigado  
 Aunque el mundo se deshaga como yo me deshago  
 En una alegoría donde olvido y recuerdo  
 Son las olas de un mar parecido a un violín  
 Y seré o no seré pero habrá todavía una lámpara  
 Que me siga paso a paso como el hambre a los leones  
 Con la secreta seducción de los últimos desastres  
 Con el olor de la pura disolución que es un rocío  
 Entre esta tempestad que es la hija del sol  
 La hija que da una nueva forma a mi sombra  
 Para que mi corazón pase por un hilo de un sueño  
 a otro sueño.*

(Fragmento de EL CORAZÓN ESCRITO, 1960)



## METAMORFOSIS

Una noche para el señor Haendel ¿recuerdas? El Mesías, tal vez.  
 Pero la nieve hablaba de un dios frío, de un tiempo extraño.  
 No extraño a causa de la aparente singularidad, sino  
 Como consecuencia de la música, por las transformaciones  
 Menos dudosas que los propósitos. "La tierra está fría",  
 Decían tus manos al desgranar la nieve. "Como  
 Cuando el corazón está solo". En una ciudad nueva cada año,  
 Puesto que en navidad resucitan las cosas para el sueño de un día.  
 ¿Verdad, señor Haendel? Siquiera un día distinto  
 Para esto que somos con infinitas complicaciones,  
 Por negar o aceptar mientras un río profundo nos lleva  
 De un lado a otro sin explicación alguna.  
 "Es bello flotar, así flotan los extraños objetos  
 Que amanecen en las playas y que nadie reconoce".  
 ¿Vienen de algún naufragio? y qué importa, todos  
 Venimos de un naufragio aunque no lo sepamos.  
 En aquel país el sol era distinto acariciaba. En cambio  
 No recuerdo dónde hería o hablaba. Y cuando lo grande hiere  
 O habla, es lo infinito". El Aleluya hiere, golpea  
 En la roca, pero no habla. Se ve, sí, el mar crecido  
 Y uno es ahí una pequeña ola sin raíces, más muerte  
 Que vida. Sin embargo, qué ardor en los huesos.  
 Ellos ven  
 Desde lejos el país que los espera. Oh y no les creemos.  
 ¿Verdad, señor Haendel? Tampoco usted creyó mucho en eso,  
 Cantando tan fuerte para disculparse. Además,  
 Usted se va y nos deja solos. Deberíamos seguirlo, mas  
 esa gruesa noche suya nos lo impide y el glorioso  
 Himno que nos dejó es un grano indescifrable.

(De EL CORAZÓN ESCRITO (1960), I  
 Parte que se titula PEQUEÑO CONCIERTO  
 PARA UNA EXTRANJERA)

●

*No, ni en la luz en que duermes, ni en el plácido vaivén entre universo y universo, ni entre los signos parecidos a los que giran en la esfera de los relojes muertos que en las grandes ciudades son el ojo lunar de las torres. No, porque la vida más vida que ninguna te alimenta de noche como a un pájaro.*

●

*El mundo es en ti una barca con guirnaldas en la soledad del mar, una danza lejana en la que mis ojos te sostienen entre olas más preocupadas de la música de las profundidades que del viento. Tu muerte o mi muerte serán un día como el derrumbe fortuito de una lámpara.*

(Fragmento de EL SOL ES UN PÁJARO  
CAUTIVO EN EL RELOJ, 1963)